

Francisco Nogales Ortiz (1908-2001)

197

El primero de abril fallecía D. Francisco Nogales Ortiz. Y lo hacía en Granada, ciudad donde realizó sus estudios universitarios. Pese a la premura con que conocí la noticia, la distancia y las difíciles comunicaciones, no vacilé en acudir a darle mi último adiós a quien durante más de 45 años me distinguió con ese sagrado vínculo humano que llamamos amistad y fue, además, responsable de gran parte de mi formación.

Dicen los psiquiatras que, lo afectivo es lo efectivo de la personalidad. Por ello, ruego que disculpen mis torpezas y limitaciones al intentar plasmar en unas líneas mi vivencia de una excepcional y entrañable personalidad.

Conocí al Dr. Nogales en 1955 como consecuencia de mi ingreso como alumno interno en el Servi-

cio que, en el Viejo Caserón de Mesón de Paredes, dirigía el profesor Botella.

Los jueves, en el antiguo San Carlos, se celebraban las sesiones clínicas, bibliográficas etc., a las que acudían tanto los miembros de la Segunda Cátedra de Obstetricia y Ginecología como los de Maternidad. Allí conocí a D. Francisco, sentado junto a D. José Botella. Inicialmente para mí fue una persona seria y madura que hablaba de cuestiones poco menos que ininteligibles. En la medida en que Jesús González Merlo, mi médico de guardia, me fue desasnando y descubriendo el interés e importancia de la histopatología, comencé a valorar a Nogales.

En 1960, coincidiendo con mi estancia en París, tuve el honor de actuar como intérprete de D. Francisco en la primera reunión que organizaron los profesores Regan y De Brux sobre displasias y cáncer cervical. Igualmente tuve el placer de actuar como cicerone. Desde entonces, acudimos puntualmente a las sucesivas reuniones europeas.

En 1962, a mi regreso a España, me reincorporé al Servicio que, en el dinamitado Instituto Provincial de Obstetricia y Ginecología de Madrid, dirigía el profesor Botella. Pocos meses después, por indicación de mi Maestro, compartía mi tiempo entre el edificio de O'Donnell y el de la plaza del Dr. Mata para, acto seguido, dedicarme en exclusiva al Viejo San Carlos y de modo preferente al laboratorio que dirigía Nogales, aquel entrañable laboratorio en el que durante los inviernos nos sentábamos al microscopio con abrigo y bufanda pero donde, durante muchos años y con escasos medios, Nogales desarrollaba una titánica labor.

Poco tiempo después, se consiguió un incómodo fotomicroscopio; allí durante ese tiempo se incorporaron al laboratorio Parache y Beato y años después lo haría Tarancón y, más tarde, Herraiz.

En 1965, se produjo el traslado provisional al Clínico de la Ciudad Universitaria y 3 años después a las instalaciones definitivas en la planta 5.^a norte.

Las condiciones de trabajo cambiaron radicalmente. A primeras horas de la mañana, actividad clí-

8 nica y docente, finalizada la cual corríamos al laboratorio de Nogales hasta media tarde. No era excepcional aprovechar sábados y festivos para dedicarnos a la iconografía y publicaciones.

En las nuevas instalaciones se disponía de un local para la descripción, fijación y tallado de piezas quirúrgicas. Junto a él, otro para la realización de técnicas micrográficas, comunicado con una amplia sala de diagnóstico con varios microscopios, un excelente fotomicroscopio y sistema de macrofotografía. Desde dicha sala se accedía al despachito de Nogales y a un cuarto oscuro bien dotado donde se revelaba y positivaba la iconografía.

Fueron años de intensa actividad. Se revisó toda la histoteca, y de allí salieron numerosos trabajos documentados y decenas de tesis doctorales, entre ellas las hispánicas de Parache y la mía.

Prácticamente no hubo cuestión de patología ginecológica que no fuese objeto de extensa revisión y publicación: alteraciones funcionales del endometrio, displasias y cánceres cervicales, hiperplasias atípicas y adenocarcinoma, regeneración endometrial, tuberculosis genital, tumores ováricos y un largo etcétera.

D. Francisco, durante su dilatada carrera y en una época en que, de facto sólo los catedráticos podían dirigir tesis doctorales, con toda modestia y generosidad invistió de facto decenas de doctores.

Admitía, como en todo humano quehacer, el error, pero no la ligereza y mucho menos la falsedad; al primero lo corregía con socarrona gracia, a la segunda la censuraba y la tercera era inadmisibles hasta el punto de exonerar del laboratorio a quien incurriera en ella.

Al igual que con él hiciera uno de sus Maestros, nos inculcó la máxima ciceroniana de "quien ha faltado una vez al pudor, terminará indefectiblemente siendo un desvergonzado".

La Universidad fue profundamente injusta y tacaña con D. Francisco. En 1971-72 la totalidad de catedráticos y profesores agregados de la disciplina por unanimidad, fundados en su currículum, dedicación, actividad y calidad, lo propusieron como Profesor Extraordinario de Patología Ginecológica. Cambios en la Administración condujeron al silencio, a que la documentación durmiera en el olvido en el cajón de algún oscuro funcionario. Ello no fue óbice para que a justo título fuese ampliamente reconocido como Extraordinario Maestro.

En contraposición con la tacañería universitaria, cuando a edad avanzada Nogales se retiró a sus cuarteles de invierno, legó a la Universidad una histoteca con más de cien mil casos, con sus correspondientes fichas, con los datos clínicos, minuciosas descripciones y fundados diagnósticos.

Por ley de vida, en 1973 se produjo nuestra separación geográfica, pero en modo alguno la amistad y la colaboración. En los primeros años de mi destino zaragozano, mis tres Maestros, Botella, Nogales y González Merlo, me auxiliaron generosamente en mis primeros cursos de doctorado.

Profesores hay muchos, Maestros muy pocos. En el mejor de los casos el profesor sabe y pretende enseñar. El Maestro sabe, ama y enseña pues conoce sobradamente que sólo se aprende de verdad lo que se enseña con amor.

El Dr. D. Francisco Nogales Ortiz fue Maestro por vocación y dedicación, enseñó con generosidad y no sólo con amor sino apasionadamente, y ello sin reconocimiento burocrático.

Descanse en paz tan eminente patólogo, gran persona, reconocido Maestro, entrañable amigo y ejemplar caballero.

H. Martínez Hernández